



Mención

Género: CRÓNICA

Autora: Navia García Fabeiro


...Y LA GUERRA LO HIZO SACERDOTE

Madrid, 18 de julio. Se produjo el alzamiento en casi toda la Península, con la sublevación de Marruecos, en el día de ayer. Comenzó la guerra civil española. En Madrid se habían fijado desde el primer momento las miradas del mundo entero. Dentro y fuera de España, todos comprendían que del desenlace de la sublevación en la Capital dependía en buena parte el resultado de la lucha en todo el País.

El gobierno de Giral, tratando de evitar muertes de inocentes e impedir, por otra parte, que los víveres, que se suponía, con toda razón, iban a escasear, los consumieran personas improductivas para la guerra, como los niños y los ancianos, los evacúan de Madrid hacia otras zonas más seguras, pues se suponía, que Madrid podría ser un objetivo de los ataques y bombardeos.

Madrid, agosto, 1936. La epopeya de Madrid dejó sangre y luto en las calles. Faltan los alimentos y se avecina el hambre. En grandes titulares la prensa republicana anuncia la incautación por el Estado de todas las industrias abandonadas por sus dueños. Estipula el envío de todos los hijos menores a los pueblos de campo.

La familia Sanz Vallejo ve partir a sus cinco hijos: la hembra a Tarragona y los varones para Alicante, junto con 700 niños que hacen el viaje en tren de noche para no ser objeto de posibles ataques de la aviación. Unos aviones sobrevolaban el tren para evitar esos ataques. En el pueblo de Altea las autoridades publicaron un comunicado haciendo saber que las personas que desearan acoger un niño de los



evacuados de Madrid se dirigieran a la Casa del Pueblo y eligieran.

En el Pueblo, una familia católica, Sastre Vallés, acoge a uno de estos muchachos, el protagonista de nuestra historia. Había nacido en Madrid, el 14 de abril de 1928. Hoy no le resulta fácil poderlo narrar; la emoción le corta las palabras y el recuerdo lo sobrecoge. Sus penas, como la de tantas otras criaturas alejadas de los padres, del hogar y de los hermanos, todavía está latente y ha dejado huellas de ese sufrimiento infantil al que sobrevivió porque *Dios escribe recto con líneas torcidas*.

En esta familia también vivían dos jóvenes sacerdotes: Francisco y Miguel, quienes estaban pasando momentos verdaderamente angustiosos de persecución durante los años de la guerra. En el Pueblo había un cabecilla, de nombre Juanillo, amigo de esta familia, que estaba dispuesto a ayudarlos, y les había asegurado que mientras él dominara la situación, su vida no correría peligro. Y cuando viera que ésta se le escapaba de sus manos, se lo comunicaría. Y así fue. En un momento dado, arreció la persecución. Llegaron de las capitales de Valencia y Alicante, comisarios pidiendo cabezas de los rebeldes y sacerdotes. De esta manera salieron en dirección a la casa de una familia. Allí se les acondicionó un aposento en la planta superior, en donde vivieron todo el tiempo que duró la guerra. Se escondían detrás de un escaparate de doble fondo, del que salían solamente si en la planta baja se oían voces amigas.

La familia Sastre Vallés, para librarse de aquellos atropellos, decidieron ir a vivir al campo, donde tenían una finca. Allí fue también nuestro niño. Junto con una hermana, llevaban productos de la finca, en casa de otra familia que en cualquier momento del día los llevaba a la casa donde estaban los sacerdotes escondidos. Por la tarde, el pequeño se dedicaba a trabajar en el cultivo de los productos de la huerta.

“Durante este tiempo pude notar los efectos de la guerra que estaba sufriendo y asolando a España. No conocí los inviernos de Madrid, con aquellos fríos y sus sabañones. Se puede decir que tampoco conocí el hambre. No había abundancia, y yo cedía mi ración de pan para la mamá, más necesitada como persona mayor.”

España, 1 de abril, 1939. La República ha caído. Las tropas rebeldes del general Franco alcanzaron sus últimos objetivos militares. ¿Terminó la guerra civil española? Las calles están ensangrentadas. Las madres guardan luto por sus hijos. Hermanos se enfrentaron contra hermanos. Desolación, muerte y hambre es el saldo del pueblo español. ¿Se pudo evitar esta guerra?

Al terminar la guerra, los sacerdotes salieron en libertad. Enseguida, su mayor ilusión fue celebrar la Santa Misa para su mamá y sus hermanas, en la que también tomaba parte el pequeño madrileño, ayudando como acólito. Cerca de allí había una ermita dedicada a Santa Bárbara, que en otro tiempo había estado abierta al culto. No había sido destruida. Y muy pronto comenzó a ayudar en Misa. Los sacerdotes Francisco y Miguel lo habían instruido en cómo tenía que responder al *Dominus vobiscum*, y otras respuestas que dar; a pasar el misal de una parte a otra, a una palmada que daban, y a servir las vinajeras. Les acompañaba por los pueblos vecinos: Altea la Vieja y Callosa de Ensariá, donde predicaban sermones de circunstancias, contando sus experiencias, por haber pasado tantas zozobras y sobresaltos.

Pasando algún tiempo, las huestes infantiles comenzaron a regresar a sus hogares. Los sacerdotes, a las iglesias de sus pueblos; y, en muchos casos, a levantar los templos destruidos, para ejercer su ministerio, del que estaban ansiosos y necesitados los pueblos, después de tres años sin Misa, ni sacramentos y bajo la amenaza de persecución.

Antes de marcharse a su pueblo, Francisco dijo que todos estaban muy contentos con el comportamiento del jovencito, que en el tiempo que había vivido con su mamá y hermanas, fue su ángel protector, por los viajes que hizo a Altea llevándoles los productos del campo.

Los sacerdotes le dijeron que estaban dispuestos, por todo aquello, a darle estudios, una carrera. Y, ¿cuál prefería? A lo que el muchacho contestó: Sacerdote. “Como los veía tan buenos, deseaba ser como ellos.” Los sacerdotes regresaron a sus pueblos: Francisco, a Olivar; y Miguel, a Alquería de la Condesa, ambos en la provincia de Valencia. Ellos mantenían su palabra de darle una carrera y él quería mantener la suya de ser sacerdote igual que ellos.



Estos sacerdotes tenían amigos que viajaban a Madrid, y encomendaron a uno de ellos, que pasara por la casa y lo devolviera a la compañía de estos sacerdotes. Y así se hizo. El 20 de mayo de 1940, ingresaba en el colegio que tenían los Escolapios en la Masía del Pilar en Godolleta, pueblo de Valencia.

Allí estuvo estudiando durante dos años y medio. Durante ese tiempo, con 12 años que tenía, entraba en la edad de la adolescencia, edad de la inconstancia, cualquier dificultad, lo desequilibraba de sus buenos propósitos. Dominado por el desánimo, acudía al director, el padre Bruno Martínez. Pero un día le dijo que, si no accedía a permitirle salir del colegio, se fugaría. Estas palabras le dieron miedo. Y ante esta situación, el Padre accedió y lo envió al pueblo de Mislata, cerca de Valencia, donde estaba ejerciendo de párroco el padre Francisco.

El disgusto que recibieron todos fue mayúsculo, ilusionados como estaban de que llegara a ser sacerdote como ellos. Avanzado el día se va dando cuenta del gran disparate que había cometido, al abandonar el colegio de los Escolapios. Todo el día lo pasó llorando. Al verlo arrepentido, lo animaron a que escribiera al Director, para que tuviera la bondad de admitirlo de nuevo. Dio largas al asunto.

Los sacerdotes, ante los deseos de ingresar en alguna Congregación, le nombraron varias para ver cuál le gustaría más. El padre Francisco, quien era párroco de Mislata, se confesaba con los padres pasionistas, que tenían una casa en Valencia. Se puso al habla con ellos y les comunicó el caso de la posible vocación y los deseos del pupilo de ingresar en la Congregación.

Los pasionistas eran capellanes de unas monjitas de Caurt de Poblet. Como para ir a su capellanía, tenían que pasar por Mislata; un día se detuvieron en esta ciudad para hablar con el jovencito y explorar la autenticidad de su vocación. Hablaron con el director del Colegio-Seminario en Zaragoza; y, a pesar de que el curso estaba a mediados de año, lo admitieron el 5 de febrero de 1943.

Zaragoza, 1953. La Congregación de La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo (pasionistas) ordenó el día



20 de septiembre, en el Seminario de Zaragoza, a un grupo de seminaristas. Los nuevos sacerdotes ordenados por el Superior marcharán a ejercer su ministerio en los países de América y el Caribe.

Muchos lugares de España escucharon su SÍ. En El Salvador, diez años; y estando en Venezuela conoce que se buscan religiosos para ir a Cuba. Regresa a España y se ofrece para venir. Fue el primer sacerdote de la Congregación Pasionista en llegar a nuestro país el 2 de febrero de 1986, después del triunfo de la Revolución.

De su labor en la patria del padre Félix Varela hablan las comunidades; principalmente en Pinar del Río, Ciudad de La Habana, y ahora en Cruces, Cienfuegos. El 20 de septiembre de 2003 cumplió sus “Bodas de Oro” con la Iglesia. ¡Cincuenta años de Ordenación Sacerdotal!

“Porque la guerra, con toda la serie de calamidades que arrastra y que para tantas personas o casi todas es un acontecimiento de muerte y destrucción, para mí fue una bendición. Así veo yo la incidencia que tuvo en mi vida la guerra civil española. Dios se sirvió de la tragedia de la guerra y de mis infidelidades para tejer mi vocación sacerdotal y religiosa.”

“Sólo el Señor podrá reclamar mi presencia de esta tierra que guardará mis cenizas para siempre.” Nos comentó el padre TIBURCIO SANZ VALLEJO s.p., en el aniversario de su ordenación, el niño madrileño al que una cruel guerra lo hizo sacerdote. Ω

* *Licenciada en Periodismo. Redactora de la revista Espacios, del Equipo para la Promoción Social del Laico.*